

## EL CASO ALAS *CLARÍN*. LA MEMORIA Y EL CANON LITERARIO

Ricardo LABRA

Oviedo: Luna de Abajo, 2021, 204 pp.  
ISBN: 9788486375485

No parecía fácil ver en nuestros días publicado un libro sobre Clarín, *La Regenta* y Oviedo que produjera la sensación de realidad no leída. Y más si se tiene en cuenta que tal libro está construido, en una buena parte, profundizando eficazmente en datos conocidos y reinterpretando con pericia muchas de las opiniones sobre el caso que ya venían haciéndose tópicas, al menos en el mundo académico. Aunque sin olvidar que a este tipo de materias primas debe añadirse un buen manejo de fuentes archivísticas, así como un apreciable acopio de informaciones personales, los “relatos de memoria” (p. 146) que le sirven a Labra, sobre todo, para construir la crónica de la muerte del rector García-Alas, hijo de Clarín.

La sensación de análisis riguroso y ameno, que lleva a leer el libro casi de un tirón, como las buenas novelas, está presente en todo el índice de *El caso Alas Clarín. La memoria y el canon literario*, entre otros motivos porque su autor, el poeta y ensayista asturiano Ricardo Labra, se empeña en llevarnos de la mano, sin posibilidad de extravío, por el proceso razonador que le interesa seguir: qué suerte corrió la novela de Leopoldo Alas en vida del autor, qué motivos de todo tipo influyeron para propiciar el prolongado olvido al que se vio sometida hasta situarse por fin en el lugar que le corresponde dentro del canon literario español (y universal, como escribe Jean-François Botrel en uno de los dos epílogos que completan el libro) y, por último, cómo se originó y se mantuvo en el Oviedo posterior a Clarín la *damnatio memoriae* que alcanzó al escritor y a su obra y que llegó a originar consecuencias funestas en su propia familia y situaciones lamentables en el intento de perpetuar su recuerdo en la ciudad.

El bien roturado surco argumental por el que nos lleva el ensayista, anticipado en la “Introducción” y revalidado en las “Consideraciones finales”, tiene como hito inicial una afirmación difícil de refutar: pocas novelas de la literatura en español —y en otras lenguas— han logrado, como *La Regenta*, una identificación tan directa con la ciudad que reflejan, el Oviedo transfigurado en Vetusta, en el que, al tomar la forma de novela de clave, se produjo la inmediata reacción de los ovetenses que se veían retratados en ella.

“Es como si sus calles y sus páginas se reencontrasen y reescribiesen con cada paso de sus habitantes y mirada de sus lectores” (p. 22). La novela, tras su primera edición en dos tomos (Barcelona, Daniel Cortezo y Cía., 1884-1885), se publicó de nuevo, una vez revisada, el año de la muerte de Clarín (Barcelona, Fernando Fe, 1901), con prólogo de Benito Pérez Galdós. Tras lo que la tradición ha solido juzgar silencio editorial —el autor del libro prefiere hablar de “condición restrictiva de su divulgación” (p. 21)—<sup>1</sup>, solo volvió a ser leída por una nueva generación de españoles ávida de cultura, primero con interés y más tarde con admiración, al ser publicada, y muchas veces reimpressa, por Alianza Editorial en su entonces popular colección de “El Libro de Bolsillo” (1966 y años siguientes) y por el Círculo de Lectores (a partir de 1969), en su muy difundido catálogo por suscripción. Este hecho, sin duda relevante para la posterior inclusión de *La Regenta* en el canon literario, queda con frecuencia olvidado.

Es evidente que hubo una serie de “procesos retardatarios” cuya concatenación impidió la lectura sosegada de *La Regenta* en la España posterior a su publicación, entre los que Labra destaca con insistencia (pp. 11, 121, 182) el reinado de Alfonso XIII, la dictadura de Primo de Rivera y el franquismo. Pero también es evidente que quienes tuvieron desde el momento de su publicación más interés en “sumergir *La Regenta* en las aguas del olvido” (p. 26) y, en particular, los representantes de tres de los estamentos más representativos de la sociedad ovetense de la época —la Iglesia católica, la Universidad y el Ayuntamiento—, consiguieron, con sus sucesivas *lecturas ideológicas* de la novela, el resultado opuesto: que esta no dejara nunca de estar presente en la memoria de la ciudad.

El enfrentamiento de Leopoldo Alas con el obispo de Oviedo, fray Ramón Martínez Vigil, quien lo acusó en una carta pastoral de repartir entre sus alumnos de la Facultad ejemplares de la recién publicada novela (“un libro saturado de erotismo, de escarnio a las prácticas cristianas y de alusiones injuriosas a respetabilísimas personas”), así como la respuesta de Clarín, de sus compañeros de claustro y de sus alumnos —que rechazaron la acusación del obispo—, sirven para definir la primera de estas *lecturas ideológicas*. En el capítulo a ella dedicado se pone en tela de juicio una idea que está presente en la mayor parte de los escritos centrados en la vida de Leopoldo Alas: su posterior reconciliación con el obispo. La relación entre ambos “no termina tan felizmente como algunos estudiosos dieron por supuesto”, dice Labra (p. 28), aunque la biografía del novelista escrita por Yvan Lissorgues no llega a avalar tal afirmación.

En este mismo capítulo, al analizar con detalle la pastoral del obispo Martínez Vigil, Ricardo Labra lanza una afirmación —de importancia menor, sin duda— con la que, atendiendo a la dedicación académica de quien abajo firma a asuntos de este tipo, no es fácil estar de acuerdo. “*Clarín* —dice en la p. 33— no era filólogo, y muy pocas de sus

<sup>1</sup> En realidad, no merece ni siquiera tal denominación, puesto que en los años anteriores a su *rescate* se reeditó al menos cinco veces, dentro y fuera de España: Barcelona, Maucci, 1908; Buenos Aires, Emecé, 1946; Madrid, Biblioteca Nueva, 1947 (*Obras selectas de Leopoldo Alas*, “*Clarín*”, con “Prólogo biográfico” de Juan Antonio Cabezas); México, UNAM, 1960 (con introducción de Juan M. Lope Blanch y Huberto Batis); Barcelona, Planeta, 1963 (con introducción y notas de José María Martínez Cachero).

correcciones han resistido el paso del tiempo”. Leopoldo Alas, en efecto, no se dedicaba profesionalmente a la filología, pero su vocación tempranísima por la crítica *menuda* (ya manifestada a los 16 años, en los primeros números de su revista personal manuscrita *Juan Ruiz*) lo llevó a interesarse por la nueva ciencia lingüística, cuando esta comenzaba a desarrollarse<sup>2</sup>, y a batallar incansablemente por el buen manejo de la lengua. Naturalmente, los usos que defendía, casi siempre con razón (como muestra su rechazo al régimen preposicional, todavía en vigor, de *escarnio* —se hace escarnio *de*, no *a* alguien o algo— empleado en la pastoral del obispo), eran los imperantes en el momento en que él escribía. Apenas hay que recordarlo, el paso del tiempo hace evolucionar la lengua, y muchas de las críticas concretas que los filólogos preocupados por la corrección idiomática lanzan en cada momento de la historia de la lengua (como Jovellanos o Feijoo antes que Clarín; como Fernando Lázaro Carreter en los últimos tiempos), incluso las más certeras, pueden quedar desfasadas después, sobre todo si las vemos a la cambiante y no siempre atinada luz de las modificaciones que la Real Academia va introduciendo en su *Diccionario*, ahora una vez al año<sup>3</sup>.

La segunda *lectura ideológica* de la novela comienza a centrarse ya en la *damnatio memoriae* (“un deliberado silencio que pronto se extenderá a toda la obra literaria de Leopoldo Alas envolviéndola con su olvido” —p. 66—) que siguió a la muerte de Clarín y tardó años en levantarse. Cuando muere el escritor, catedrático de la universidad ovetense, concejal en el ayuntamiento por el partido castelarista y “fogoso agitador de la vida cultural de la ciudad” (p. 50), además de empedernido jugador —y hombre bondadosamente dedicado a su familia, hay que añadir—, su inequívoca militancia republicana y su patente actitud anticlerical —que no queda deslustrada, según Labra, por su espiritualidad ajena a la ortodoxia católica (p. 62)— no fueron obstáculo para que sus amigos y compañeros de la universidad y del ayuntamiento asistieran, junto a un crecido número de sus conciudadanos, al entierro de Leopoldo Alas. Casi en ese momento comienza “la larga noche que veló su obra” (p. 67). Pero, si bien es cierto que ni siquiera se le menciona en los actos públicos que en 1908 conmemoraron el III centenario de la Universidad de Oviedo (aunque un grupito de asistentes<sup>4</sup> lo intentara compensar con un

---

<sup>2</sup> Una lectura superficial de la obra crítica y periodística de Leopoldo Alas permite comprobar su interés, ocasional o no, por figuras relevantes de la filología de su época, como Michel Bréal, Paul Regnaud, Franz Bopp, Ernst Robert Curtius, Federico [sic] Diez, Émile Littré, Gustav Gröber o Miguel Antonio Caro. A ello debe añadirse que mantuvo intercambios epistolares con el lingüista sueco Åke W:son Munthe, autor de unas *Anotaciones sobre el habla popular en una zona del occidente de Asturias*, editado en Upsala en 1887, así como con Rufino José Cuervo, por cuya obra filológica Clarín siempre manifestó una sincera admiración.

<sup>3</sup> Atendiendo al proceso contrario, son muchas las veces en que el propio Clarín censura a la Academia por no recoger en las páginas de su repertorio términos ya presentes en el uso real. Como el momento en que, con la ironía que suele emplear para este tipo de diatribas, escribe: “La Academia admite *hulla* (¡no faltaba más!), pero no derivado alguno de esta palabra. De modo que *hullero*, *hullera*, no son voces españolas. ¡Y la riqueza *hullera* hace millonarios en mi tierra! Millonarios con barbarismo” (edición de *Obras Completas*, XI, pp. 1162-1163). (El *Diccionario* académico registró el término, por primera vez, en su edición de 1914).

<sup>4</sup> Pedro González Blanco, Álvaro de Albornoz, Ramón Pérez de Ayala y Enrique Escosura, según escribió el primero de los mencionados (p. 72, n. 36).

apasionado “¡Viva Clarín!”, que fue devuelto por muchas más voces), en la apertura del año académico 1921-1922 ya hay un joven Pedro Sainz Rodríguez, después ministro de Educación Nacional en el primer gobierno de Franco, que pronuncia un discurso sobre el escritor asturiano. Este discurso —subraya el autor del libro reseñado— “debe ser considerado como el primer estudio realizado con rigor académico sobre la obra de Leopoldo Alas *Clarín*” (p. 78). Es curioso que un hombre con un perfil ideológico tan alejado del de Alas fuera quien comenzó la recuperación de sus auténticos méritos, empresa que, paradójicamente también, no llevaron entonces a cabo figuras “tan admiradas y mimadas por la acre pluma” del crítico Clarín como Benito Pérez Galdós o Marcelino Menéndez Pelayo (p. 77).

La recuperación completa de la obra narrativa de Clarín, hasta inscribir su nombre en el canon literario (que Labra describe, incluyendo los aspectos negativos —pp. 90-91—) y también, en cuanto crítico y periodista, como “creador de cánones” (o mejor, dice Labra, como “muñidor de anticánones” —p. 98—), lleva al autor del libro a reivindicar, apoyándose en la opinión de reconocidos *clarinistas* actuales (Gonzalo Sobejano, los ya mencionados Botrel y Lissorgues), a Leopoldo Alas como “escritor total” (p. 110).

El paso siguiente de este proceso de recuperación se encuentra, sin duda, entre los años 1951 y 1952, cuando se cumplen, respectivamente, 50 años de la muerte y 100 del nacimiento de Clarín. De la primera efeméride ha de destacarse, como hace Labra, la aparición del primer estudio de conjunto sobre *La Regenta*, publicado en inglés por Albert Brent en *The University of Missouri Studies*, con el que comienza el interés de los especialistas, españoles y extranjeros, por la narrativa clariniana. En la segunda sobresale el número que *Archivum* (tomo II, 1952; edición facsimilar, 1985), la revista de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Oviedo, dedicó a la vida y la obra —crítica, narrativa, poética incluso— del autor, por iniciativa de dos de sus mejores analistas clásicos: José María Martínez Cachero y Emilio Alarcos Llorach. Al homenaje le siguió un ciclo de conferencias en la universidad, amparado por su rector, Torcuato Fernández Miranda, también franquista y más tarde muñidor de la Transición española. En ese momento se produce “un punto de inflexión en la revalorización literaria de Alas *Clarín*, donde su obra comienza a desempolvarse para salir definitivamente del ostracismo” (p. 120).

La tercera *lectura ideológica* que presenta Labra, y que centra el último tercio del libro reseñado, afecta más a Leopoldo Alas, a su familia y al entorno en que se desarrollaron los hechos narrados que a la obra de Clarín. Por extenso nos proporciona noticias sobre el lamentabilísimo hecho que sacudió la conciencia de los ovetenses, aunque se produjera en los turbulentos meses en que la capital asturiana fue un enclave de los sublevados nacionalistas asediado por las tropas fieles a la República: el encarcelamiento y el consejo de guerra que sufrió Leopoldo García-Alas García-Argüelles, el hijo mayor de Clarín, entonces rector de la Universidad de Oviedo, con el bárbaro colofón de su fusilamiento en la cárcel de la ciudad el 20 de febrero de 1937. Y con mayor extensión todavía nos encontramos con el relato minucioso de las vicisitudes

por las que pasó el monumento dedicado a Clarín —presidido por un busto del escritor— en el Campo de San Francisco de Oviedo: su inauguración (tras un largo período de planeamiento) el 4 de mayo de 1931, con presencia del ministro de Fomento de la República, el antecitado Álvaro de Albornoz; la vejación y posterior destrucción, como lamentable hecho que acompañó —inmediatamente antes o después, no hay acuerdo sobre la sucesión de los hechos— al fusilamiento del hijo de Clarín, del monumento dedicado a su padre, destrucción de la que fue responsable un grupo de energúmenos cuya adscripción política, por evidente, no hace falta especificar. Ricardo Labra nos presenta con la crudeza merecida la conclusión a la que lleva el análisis sucesivo de estos dos hechos: “Al escritor Leopoldo Alas *Clarín* no se le podía matar más que simbólicamente, y eso fue lo que doblemente se hizo en Oviedo, con saña y brutalidad, durante la guerra civil. Primero, de la manera más cruenta y terrible, sobre su hijo, el rector Leopoldo García-Alas y Argüelles; y después, sobre la cincelada piedra del monumento del Campo de San Francisco” (p. 153).

La obligada cicatrización de las heridas así abiertas solo comenzó a llegar —y siempre de manera parcial; la muerte del rector es imposible olvidarla y no digamos disculparla— con la inauguración el 26 de abril de 1968 del monumento reconstruido, tras más de treinta años en que del original solo quedó un rastro de piedras labradas en forma de semicírculo que los chiquillos ovetenses de los años 50 y primeros 60 del siglo pasado utilizábamos (el uso de la primera persona no es errata), sin saber de dónde procedía y qué significaba, para nuestros juegos en grupo a la salida del cercano Instituto. Pero el proceso que llevó a esta restitución, desconocido también, y no solo para la mayor parte de los ovetenses entonces niños, encerró una larga y triste peripecia, narrada con detalle por el autor del libro, en la que el ayuntamiento de la capital no queda tan bien parado como el resultado final del proceso hubiera hecho suponer. La consecuencia última fue que, desaparecido el busto original, en estos momentos hay dos réplicas de piedra gemelas dedicadas al autor de *La Regenta*: una, en el reconstruido<sup>5</sup> monumento del Campo; otra, copia de la anterior, en la Universidad de Oviedo, donde durante años estuvo el segundo original a la espera de un destino más visible para los ovetenses.

La conclusión a la que forzosamente llega Ricardo Labra en las “Consideraciones finales”, tras su amena narración de hechos y brillantes recuento e interpretación de datos, es que las lecturas ideológicas por las que nos ha venido conduciendo “han determinado la complicada recepción de *La Regenta* en Oviedo durante más de ochenta años. Un caso singular de la literatura universal” (p. 185). La sensación que deja llegar al final del libro es desoladora, aunque se vea compensada por la satisfacción de haber leído una historia bien planteada y sobresalientemente desarrollada que, en realidad, como afirma Botrel en

---

<sup>5</sup> No con total exactitud. El busto, ya se ha dicho, no es el mismo que presidía el monumento original (aunque en ambos intervino el mismo escultor), y en el lienzo de piedra posterior, donde había un bajorrelieve que representaba “la Verdad, desnuda tras haber retirado el velo de la Hipocresía” (p. 123), en el conjunto actual figura un rótulo grabado en la piedra que reza, simplemente, “Clarín”, seguido de las fechas de su nacimiento y muerte.

su mencionado epílogo, termina bien, sobre todo si atendemos a la suerte que le esperaba a la obra de Clarín tras su definitivo rescate, ya bien avanzado el siglo XX.

Rafael Rodríguez Marín  
Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED)



This work is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivatives 4.0 International (CC BY-NC-ND).